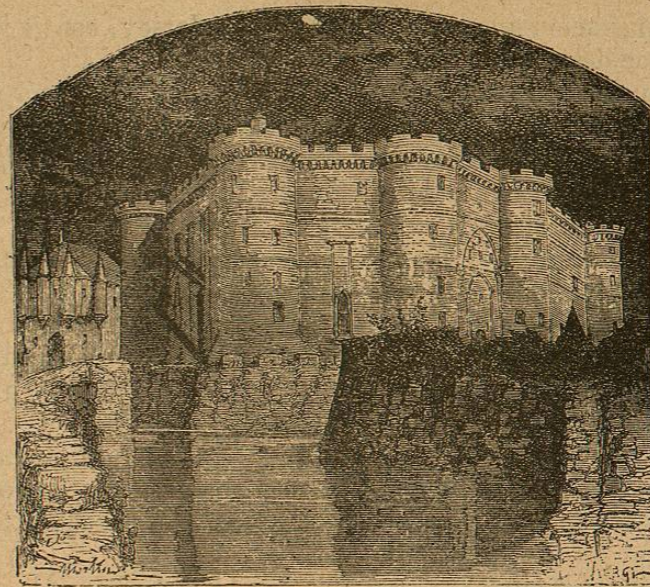
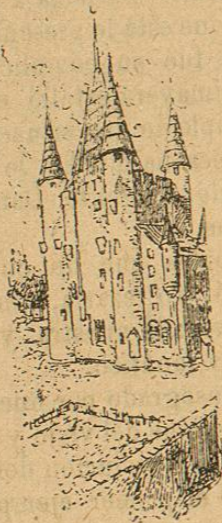


Vese á los condenados conducidos en la carreta, indiferentes, con una flor en los labios. Es la verdadera imagen del tiempo. Estas rosas sangrientas son las que conducen á los hombres al patíbulo.

Danton, arrastrado así, fué acusado. Se le dijo que conspiraba: «¿Yo? contestó.—¡Es imposible! ¿Cómo queréis que conspire un hombre que pasa las noches enteras entregadas al amor?»

La *Marsellesa* y otros himnos melancólicos de la época que aun se repiten hoy estan saturados de fúnebre voluptuosidad. El amor en el 93 fué el hermano de la muerte.



LIBRO VIII

(CONTINUACION)

CAPITULO V

Los vendeanos.—Su llamamiento al extranjero (Marzo-Junio 93)

La salud de Nantes fué la de la Francia.—Máquinas empleadas para armar la Vendée.—Henri de Larochejacquelin.—Batalla de Saumur (10 Junio).—Relaciones de la Vendée con el extranjero (Abril 93).—Marcha hacia Nantes.—Quisieron entenderse con Charette.

Hacia fines de Junio viéronse dos fenómenos inesperados, uno que perdió la Francia y otro que la salvó.

Las tres Vendées (del Anjon, Bocage y del Marais) discrepando en lo esencial, se unieron momentáneamente, formando una compacta y bárbara masa, yendo unida sobre el Loira, á Saumur, á Angers, á Nantes con su figura de espantable monstruo.

Pero he aquí que se presenta otro fenómeno: Los girondinos proscritos en París como realistas organizaron en el Oeste abandonado y sin socorros la más vigorosa defensa contra el realismo. Vota por la creación de fuerzas contra la Convencion y después las enviaron contra la Vendée. Salvo algunos cientos de bretones que fueron al Calvados, la Bretaña girondina continuó representando su heroico papel; fué la verdadera roca de la resistencia contra el realismo que llevaba en su seno,

contra la emigración que la amenazaba desde Jersey, contra la invasión vendeana que destruyó á Nantes.

El ataque á Nantes, hecho pequeño si se considera por el número de víctimas, fué importantísimo por sus consecuencias. El emperador Napoleón ha dicho que la salud de Nantes era la salud de la Francia.

Nantes en Marzo y Junio presentaba un raro espectáculo. Las medidas severas, terribles que exigía la situación, adoptáronse por la administración girondina, y las peticiones formuladas por los moderados, ejecutábanse rápidamente por montañeses y girondinos sin distinción. El club girondino fué quien en 13 de Marzo por el órgano del joven Vellenave pidió al tribunal revolucionario la ejecución inmediata de los traidores, que se levantara la guillotina sobre la plaza y un tribunal marcial que recorriera la plaza juzgando y ejecutando.

Se entrevé por medio de esto (y aun se observará mejor más tarde) que la Francia republicana entre sus disidencias exteriores y calientes, á pesar de sus gritos y de sus amenazas, conservaba un fondo de unidad.

La coalición contra la Francia se odiaba entre sí; pero para el fin de destruir nuestra nación se unían ocultando sus odios y sus diferencias; con la Vendée ocurrió lo mismo. Disentían en lo esencial, se tenían unas Vendées á otras en menosprecio, pero formaron coalición para destruir á Nantes, apareciendo unida la Vendée á pesar de su hondísima y hostil división.

En 1850, época en que escribimos esta historia, ignoramos una parte de los medios que se emplearon para lanzar á este desgraciado pueblo contra sus propios intereses. No conocemos más que las discusiones de sus jefes, las rivalidades interiores de curas y nobles.

La primera máquina que se puso en juego como se ha visto fué un campesino inteligente para la guerra é ignorante en el resto de las cosas, tan grosero como heroico, Cathelineau, que Elbée y el clero opusieron á los nobles. Elbée, sajón de nacimiento, estaba celoso y odiaba á otros jefes, oficiales inferiores y gentileshombres campesinos, generalmente gente de poca cabeza. Durante los principios de la campaña no pudo ejercer mando. El clero después de lo de Fontenay hizo hablar á Cathelineau. Amenazó á los nobles poiteveses con arrastrar á sus compatriotas, los campesinos del Anjon. Lescure, *el santón del Poitou* que pertenecía al clero, apoyó estas amenazas, y todo desde entonces quedó sujeto á la influencia de los curas.

La segunda máquina empleada en los dos combates de Fontenay, cuando los vendeanos estaban abatidos por su derrota, llegó á punto para animarlos. Se fabricó un obispo. Un soldado republicano hecho prisionero, después secretario de Lescure, declara que bajo el hábito laico, era él en realidad uno de los cuatro vicarios apostólicos enviados por el papa á Francia, además del obispo de Agra. Las famosas hermanas de la Virtud mezclábanse en todas las intrigas; el cura de Saint

Laud d'Augers, el cura Bernier, todos se arrodillan y piden la bendición. El pueblo está ebrio de alegría y suelta las campanas á todo vuelo.

El propósito de Lescure y de otros jefes era convertir á la Vendée en una fuerza única bajo la misma dirección, sometiendo á todos los curas al pretendido obispo. En una acta del 1.º de Junio firmada por Lescure se lee: «Que los curas que no hayan recibido aun los poderes de sus obispos y que no se dirijan al obispo para que él *regule su conducta* serán arrestados.»

Elbée, Lescure, el clero, hicieron á Cathelineau general en jefe. Se nombró general de caballería á un seminarista de diez y siete años de edad, al joven Forestier, hijo de un zapatero de Caudron, aventurero, intrépido y de hermosa figura. En las avanzadas figuraba frecuentemente otro joven, primo de Lescure, Mr. Henri de Larochejacquelin, *Mr. de Henri* que le llamaban los campesinos. Llevaba atado al cuello un pañuelo rojo y todo el ejército lo imitó. Tenía veintiún años de edad y llevaba ya seis de servicio. Su padre era el coronel del Real-Polonia. El joven estuvo muy lejos de emigrar. Lo hicieron capitán de la guardia constitucional de Luis XVI. Ni el alejamiento de París, ni el roce con aquel cuerpo, detestable escuela de esgrima y de insolencia, cambiaron el carácter de este vendeano. Era un verdadero gentilhombre del campo, gran cazador, montador excelente y muy conocido entre los campesinos.

Estaba muy desarrollado, era esbelto. Su figura más parecía inglesa que francesa, con sus cabellos finos y rubios, con su aire tímido y altivo á la vez, como son frecuentemente los ingleses. Tenía una excelente condición para el ataque: el desprecio del enemigo.

Estos valientes que nos despreciaban tanto, ignoraban que con *los villanos*, entre las armas republicanas, se encontraban los primeros guerreros del siglo (y aun de todos los siglos) hombres de distinto orden al suyo, como los Massena, los Hoche, los Bonaparte.

Las masas vendeanas que seguían á aquellos jefes tuvieron la suerte de encontrar en Saumur fuerzas republicanas menos organizadas que ellos todavía. Estos tenían á un organizador habilísimo, Berthier, el célebre jefe de Estado Mayor del emperador. Pero Berthier, Menor, Constard, Santerre, los generales republicanos no llegaron hasta el momento de la batalla.

No pudieron hacer más que pagar valientemente con sus vidas. Los dos primeros fueron heridos. Contra ellos tenían la indisciplina y la traición. La víspera mismo Larochejacquelin, disfrazado, había comido en Saumur. Un guardia de artillería fué sorprendido en el momento en que destruía un cañón. En el combate mismo dos batallones á quienes Constard ordenó la defensa del puente creyeron que él les hacía traición y lo pusieron á la boca de un cañón.

Con todo este desbarajuste los vendeanos lucharon formidablemente para obtener una victoria.

Larochejacquelin se obstinó en atacar la derecha, sin observar que encerrado entre la ribera y la ladera de la montaña no podía avanzar en modo alguno.

A las siete de la noche Cathelineau subió á una eminencia y observó claramente con dificultad, dando á la batalla mejor dirección. Rodea á los republicanos. Los batallones, pertenecientes á nuevas reclutas, se asustaron y huyeron de la villa á la desbandada.

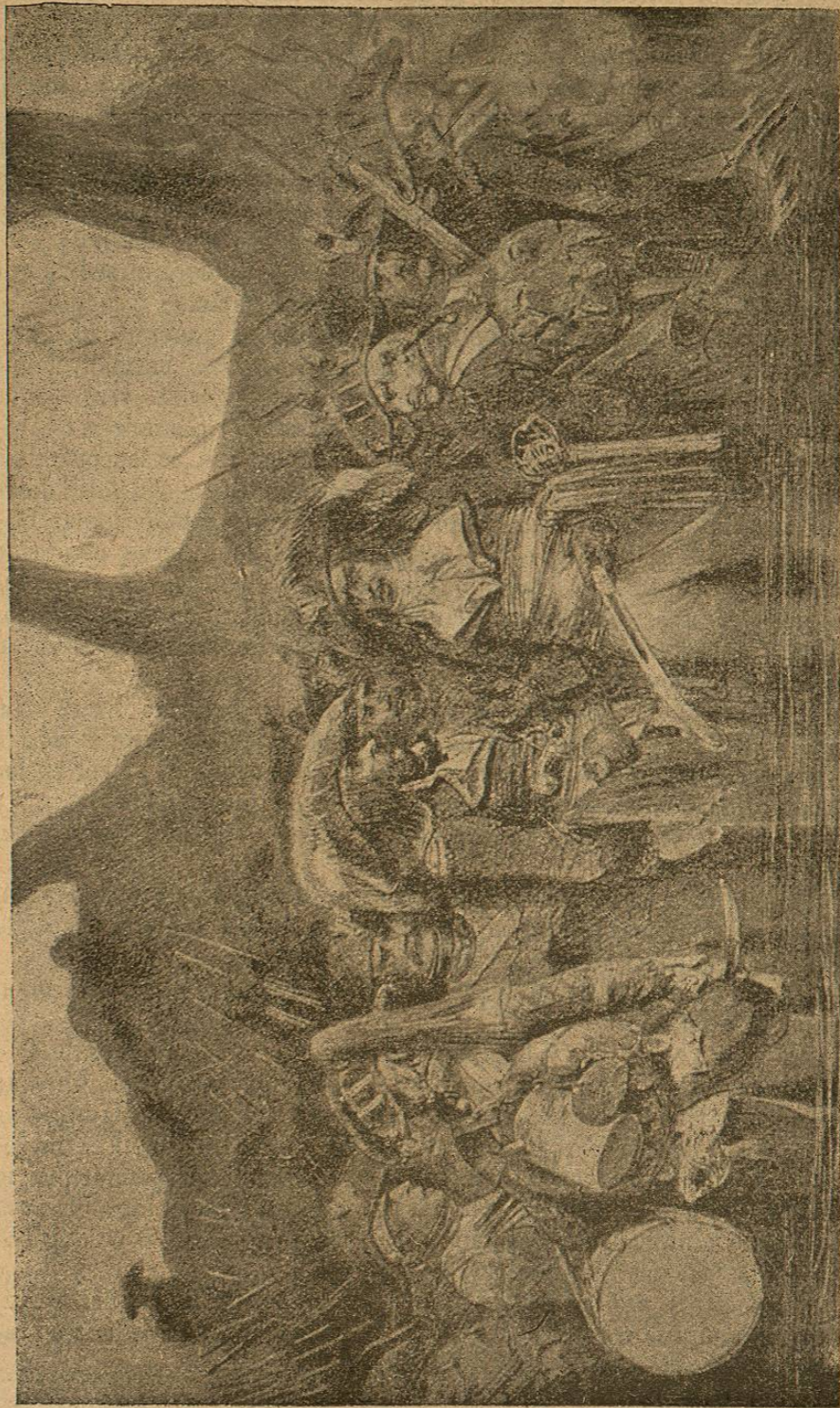


LAROCHÉJACQUELAIN

A las ocho Constard, viendo que la izquierda estaba perdida y el enemigo en la población, intentó rehacerla. Dió orden á los coraceros que mandaba Weissen que limpiaran la calzada, apoderándose de una batería que los enemigos habían colocado: «¿Dónde me envías?» preguntó Weissen. «¡A la muerte!» contestó Constard. Weissen obedeció valerosamente. Nadie lo sostuvo y regresó cubierto de heridas.

El representante Bourbotte se batió como un león. Le mataron el caballo y hubiera caído prisionero si un teniente, en plena confusión, no le hubiera entregado el suyo. Bourbotte admiró al joven republicano y se preocupó aun más que el teniente de su vida. En este joven militar encontró un hombre inteligente y heroico. Desde este día no le perdió de vista hasta que consiguió hacerlo general. Seis meses después este

LOS SOLDADOS DE LA REVOLUCIÓN



El comisario. — El enemigo no se figura que estamos aquí. Son las siete: mañana á las cuatro le sorprenderemos. (De una litografía de Raffet).